

*Obituarios a destiempo
Saramago y Monsiváis:*

La ausencia insalvable

Sealtiel Alatraste

Heterodoxos y rebeldes, José Saramago y Carlos Monsiváis siempre encarnaron perspectivas renovadoras en la imaginación y el pensamiento. A través de sus muertes paralelas, Sealtiel Alatraste recuerda su encuentro con ambos autores después de la matanza de Acteal.

*18 de junio de 2010: muere el escritor portugués José Saramago;
19 de junio de 2010: apenas un día después fallece
el cronista mexicano Carlos Monsiváis.*

La mirada de Pandora era de fotógrafa y al momento de abrir su caja escaparon solamente imágenes. La última, la final, la que dio en el clavo de la memoria, fue la de la tristeza. Lo supe este junio de 2010 cuando la noticia de la muerte de José Saramago y Carlos Monsiváis abrió mi caja de Pandora y me llenó de imágenes provenientes del tiempo que había compartido con ellos, imágenes que tal vez hablaban de momentos felices pero que su muerte había transformado en melancolía, en nostalgia, en tristeza pura. La primera de ellas, no pude evitarlo, fue el viaje que hicimos juntos a Chiapas a los tres o cuatro meses, no lo recuerdo con exactitud, de la matanza de indígenas tzotziles que se perpetró en el pueblo de Acteal.

En realidad difícilmente se le puede llamar pueblo, es más bien un caserío que se levanta en una cañada, rodeado de un paisaje exuberante, cuajado en verdes, bruma y sol. Fuimos ahí por voluntad de José Saramago. Unos meses antes, cuando planeaba su viaje a Mé-

xico, me había pedido que fuéramos a Chiapas. “Iré donde tú quieras, Sealtiel. Daré conferencias, pero también estaré en Chiapas”. Le pedí a Carlos Monsiváis que me ayudara a organizar el viaje para que José pudiera enterarse de lo que pasaba en aquel estado del sureste —el más rico en recursos naturales de la República, pero donde la gente vive en la mayor pobreza del país— y allá fuimos, un viernes cálido del mes de marzo, a descubrir el México profundo.

Llegamos a San Cristóbal de las Casas en el momento en que en una de las iglesias se realizaba una mesa redonda para analizar la situación del pueblo chiapaneco. Apenas supieron que Saramago había llegado lo invitaron a decir algo. Presencié entonces un hecho que se repetiría a lo largo de la siguiente semana: cuando José caminaba hacia el púlpito, empezó a correr un rumor de alegría y como una onda de sol creció un aplauso de bienvenida. Saramago llegó hasta donde se encontraban Samuel Ruiz, Carlos Monsiváis y Gonzalo Ituarte, y dijo sus primeras palabras en suelo chiapaneco, las primeras y más importantes que pronunció en México: “Vengo a poner mis palabras a sus órdenes”. Se refería al poder de sus palabras, de esas palabras que lo convirtie-



José Saramago y Carlos Monsiváis, mayo de 2003

ron en uno de los mejores escritores de nuestro tiempo, las palabras por las que años después recibiría el primer Premio Nobel que se le concedería a la lengua portuguesa. Al día siguiente, con Carlos Monsiváis como guía, seguidos por la caravana de periodistas que había convocado Herman Bellinghausen, partimos hacia Acteal.

No puedo olvidar aquella mañana en el hotel donde nos hospedamos. Mientras desayunábamos Monsiváis puso al tanto a Saramago de todo lo que no había podido enterarse la noche anterior. Estaban contentos, nerviosos, los unía el entusiasmo por la lucha social, por enfrentar la injusticia, ser testigos de lo que pasaba sin permanecer al margen e influir para que el asunto que nos convocaba —el asesinato de indígenas— no derivara en una tragedia mayor. Creo que yo sólo dije una cosa: “No podemos permitir que en México haya una nueva matanza de civiles, las huellas del 2 de octubre de 68 no se han borrado”. La prensa de ese entonces denominó a aquella incursión paramilitar en la zona zapatista de Los Altos de Chiapas, ocurrida el 22 de diciembre de 1997, como la Matanza de Acteal. Durante dicha incursión, presuntos miembros del grupo Máscara Roja atacaron a indígenas tzotziles de la organización Las Abejas, quienes se encontraban en el interior de una capilla. Murieron cuarenta y cinco personas, incluidos niños y muje-

res embarazadas. El gobierno mexicano intentó calificar la masacre de conflicto étnico, pero opositores y grupos defensores de derechos humanos consideraron que era una suerte de estrategia gubernamental para desarticular la base social del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Gonzalo Ituarte y varios muchachos del lugar habían tratado de explicarnos el origen de aquella matanza: aquel 22 de diciembre un grupo de paramilitares rodeó el pueblo de Acteal desde temprano y, escondido entre la maleza, empezó a disparar al aire. Querían amedrentar a los zapatistas y hacer aparecer su agresión como una disputa entre facciones indígenas, después de todo, el poblado se formaba con tres rancharías distintas. El lugar ideal, debieron pensar, para encubrir su asesinato. Pero alguien avisó a la Vicaría y Gonzalo, casi al momento de iniciarse la balacera, se enteró de lo que se estaba cocinando y se comunicó con el Gobernador o con un colaborador de su gobierno. Desgraciadamente, ese funcionario estaba confabulado con los agresores y no hubo forma de evitar la matanza, pero tampoco la ignominia que cayó sobre el Gobierno entero: el de Chiapas, el de la República Mexicana. La descripción nos había deprimido, enfurecido, pero no se acercaba a lo que vimos en Acteal, a lo que nos dijeron sus pobladores. Aquella mañana el crimen permanecía, como hasta el día de hoy, impune, y José Saramago estaba dispuesto a dejarse guiar por Carlos Monsiváis.

Todavía recuerdo nuestra llegada a Acteal envueltos en un raro silencio. No debió ser así, pero me parece que no hablábamos, que veíamos pasar el paisaje por la ventanilla de la camioneta, que apenas silbaba el viento y que el sopor se había estacionado junto al campamento. Después de que nos identificamos, los líderes zapatistas nos dejaron pasar a ver el sitio donde se había llevado a cabo la matanza. Bajamos por una ladera, de nuevo sin hablar, viendo cómo crecía en una pequeña planicie el caserío de Acteal: seis o siete chozas, un cobertizo, una iglesia y una pared al lado de donde habían enterrado a los asesinados tres meses antes. Saramago tenía la mirada escondida tras un gesto adusto y la belleza de Pilar, su mujer, no podía evitar la melancolía. El silencio, la solemnidad se entretejían con nuestra angustia y, como lo aprendimos después, con el valor y la honestidad de la comunidad zapatista. Vimos a los niños sobrevivientes, las heridas cicatrizadas en sus cuerpecitos, hablamos con los pocos adultos que pudieron escapar de las balas y nos enteramos de que cuando los paramilitares fueron cercando el caserío, ellos, sus pobladores, estaban rezando en la iglesia. “No se muevan”, dijo el sacerdote cuando escuchó los disparos, “que nos maten juntos”. Eso les dijo, esos nos dijeron a nosotros. Pasó un rato y salieron de la iglesia todos juntos, y juntos se fueron a una hondonada creyendo que ahí estarían más seguros, pero ahí, rezando, los cazaron. No hay

otra expresión para describir lo que hicieron: los cazaron. Habían pasado ya muchas horas, los disparos no dispersaban a la gente y los agresores empezaron a balear, como si fuera un puñado de animales, al pueblo reunido en torno a su sacerdote. Mataron a más de cuarenta, pero no importa el número, hubieran podido herir a unos cuantos, y habría sido igual: un vergonzoso ataque contra unos cuantos inocentes que rezaban. Era una imagen insoportable. Monsiváis se apartó del grupo y empezó a llorar. “Casi nunca lloro”, me dijo con voz entrecortada, “pero no resisto pensar en el sacerdote que les pide morir a todos juntos”. Yo también lloraba. Me acordé de la madrugada del tres de octubre del 68 cuando supimos que el presidente Díaz Ordaz había ordenado matar a los estudiantes reunidos en la plaza de Santiago Tlatelolco. Lloraba y no podía apartar de mi cabeza el recuerdo del día en el que volvimos a las aulas y descubrimos que varios pupitres estaban vacíos: era el vacío que nos dejaban los muertos. Mi generación ha tenido que cargar durante cuarenta años el enorme peso de ese vacío. Ahora habría que cargar con el de los muertos de Acteal. Saramago se cubrió el rostro. No era religioso pero parecía pedir clemencia para un pueblo que quería únicamente la dignidad de vivir en paz.

Años después Julio Scherer nos iba a llamar a Carlos Monsiváis y a mí para enseñarnos algo que acababa de recibir: los documentos de Marcelino García Barragán, quien estuvo al frente de la Secretaría de la Defensa Nacional en el año 68, por los cuales nos enteraríamos del concepto que el presidente Díaz Ordaz tenía de los estudiantes. Scherer nos entregó una copia y cada

uno por su lado se puso a leerla. A las pocas páginas, igual que en Acteal, sentía el peso de la injusticia, o mejor, del poder que nos había masacrado, que una lejana tarde de mi primer año como universitario me había robado mi juventud. Cuando terminamos la lectura ya había decidido que publicaríamos los documentos sin importar sus consecuencias. Monsiváis me dijo que él escribiría una nueva crónica del movimiento estudiantil a la luz de esos informes. “Te das cuenta”, agregó, “Díaz Ordaz nos consideraba sus enemigos, un ejército enemigo formado por estudiantes que lo único que querían era que su país fuera mejor”. En ese momento se me ocurrió el título del libro: *Parte de guerra*. Tanto Scherer como Monsiváis estuvieron de acuerdo y a los pocos meses lo publicamos. Recuerdo también que le enviamos un ejemplar a Saramago, con una dedicatoria conjunta: *En recuerdo de la madrugada que visitamos Acteal*.

Monsiváis llevaba muchos años registrando el acontecer nacional, no sólo de las injusticias perpetradas por los gobiernos priistas o la relevancia que a partir del terremoto del 85 había tomado la sociedad civil, sino de todo aquello que era significativo en la vida de cualquier mexicano, desde la presencia de Raphael, el cantante español, en la Alameda Central; el *show burlesque* de Isela Vega; la importancia de Celia Montalbán y todas las otras vedettes en la primera época posrevolucionaria; hasta las herencias ocultas que nos habían legado los intelectuales del siglo XIX en la conformación de la nación. Era lógico que después de haber escrito sobre el 68 se interesara en el movimiento zapatista, no



Carlos Fuentes, José Saramago y Carlos Monsiváis, 1999

sólo por el ataque frontal a la injusticia centenaria del estado de Chiapas, sino por lo que socialmente representaba en el país que quería ingresar al nuevo siglo con un rostro de modernidad falsa, pues quería negar el lastre que significaba no haber integrado a los pueblos indígenas al desarrollo.

Monsiváis fue un ávido lector de novelas, consciente de que la realidad había sido retratada en la ficción con un margen de veracidad que muchos reportajes no tenían. Fue amigo de Rosario Castellanos y estuvo presente la nefanda tarde en que leyó a un grupo de amigos su novela sobre la Universidad. Era mala, muy mala, le habían dicho a Rosario, o no alcanzaba los niveles de análisis poético de sus novelas sobre Chiapas. Con esas imágenes *poéticas* en la cabeza había ido a Acteal, leyó los testimonios de García Barragán que nos dio Julio Scherer y también con esas imágenes contagiaba de literatura las crónicas que escribía a mansalva en periódicos y revistas.

No es extraño que Saramago hubiera quedado seducido por Carlos Monsiváis. José había iniciado su vida de novelista a una edad en que muchos la terminan. Fue periodista de profesión, director del periódico oficial del gobierno que encabezó la llamada Revolución de los claveles, y años después, al verse privado del cargo cuando su gobierno perdió el poder, decidió experimentar con la novela. De joven había escrito un relato que prefería olvidar, tenía un puñado de poemas que no se atrevía a dar a conocer, y le pareció que era buen momento para probar el sabor y la eficacia de la ficción. Escribió *Manual de caligrafía y pintura*, una nove-

la que, en clave metafórica, analiza el conflicto al que se enfrentaba él mismo. Un pintor, retratista realista para más datos, recibe una comisión de pintar a una pareja que cumple muchos años de casada; cuando posan por primera vez frente a él, decide olvidarse de las convenciones de sus anteriores retratos y cuando empieza a pintarlos *ve en el interior de los personajes*, ante el disgusto de la familia que le ha comisionado el trabajo. Saramago nos dio no sólo una brillante novela sobre el compromiso estético, sino que se enfrentó a su propio dilema y encontró las claves de sus futuras obras. Todos aquellos que critican su compromiso político deberían leer esta primera novela para comprender que José Saramago estableció, por sobre todo, un compromiso con la literatura y que sus convicciones políticas siempre estuvieron subordinadas a las ficciones que pergeñó. Desde entonces creó un mundo alucinante, en el que la fábula adquirió el carácter de revelación, desde el diálogo imaginario que el doctor Ricardo Reis —el real, que regresa de un largo exilio brasileño—, tiene con su mentor, Fernando Pessoa, que lo hizo pasar por su heterónimo; hasta el atosigante ensayo sobre la posibilidad de que la humanidad pueda quedar ciega, o mejor, que se ha ido quedando ciega paulatinamente; o la narración que hace Jesucristo de los avatares que lo llevaron a comprender no el compromiso con la divinidad sino con su propia humanidad: más que hijo de Dios es hijo de todos los hombres, y por tanto es capaz de comprender y aceptar el demonio que nos tienta. Saramago había encontrado una forma, un estilo en el que sus ficciones se nutrían de su experiencia de viejo reportero. En cierta forma, su ca-



Carlos Monsiváis con Gabriel García Márquez, mayo de 2003



© LA JORNADA / Fernando Ojeda

Carlos Monsiváis y Sergio Pitlor

mino había sido inverso al de Monsiváis, si éste encontró la forma de alimentar a sus crónicas con los recursos de la ficción, Saramago había dado con la clave para enriquecer la ficción con los recursos de la crónica.

Un año después de nuestra visita a Acteal escribió el siguiente párrafo:

Ha pasado un año desde la ignominiosa mañana del 22 de diciembre del 97. Saramago ha cumplido su promesa: sus palabras han estado al servicio de los zapatistas. “Chiapas”, dijo antes de recibir el Premio Nobel, “es la representación del mundo”. Por qué, le pregunté por teléfono cuando le llamé para felicitarlo. “Porque ahí está representada nuestra esperanza”, me contestó. Porque ahí también, pensé yo, está cifrada nuestra ignominia. Porque en Chiapas, o en los lugares como Chiapas—Gaza, Kabul, Nigeria, Cisjordania, Kosovo, Tirana— se juega nuestro destino y la posibilidad de que la dignidad humana tenga una oportunidad. Ha pasado un año, repito, y recuerdo el rostro de los indígenas que nos contaron lo que les pasó en Acteal, el gesto noble y severo con que Saramago los escuchó, las lágrimas de Monsiváis, mi propio llanto y la angustia con la que intuí que habría nuevas matanzas. Se trata simplemente de recobrar la dignidad, de darle voz a la esperanza y negársela a la ignominia. Se trata de escuchar a José Saramago, a Carlos Monsiváis y no tolerar más asesinatos, no heredar un muerto más. De no permitir, nunca más, otro Acteal.

Hoy, una década después, han muerto los dos, José Saramago y Carlos Monsiváis, con escasas horas de di-

ferencia. José en su querida isla de Lanzarote y Carlos en el Hospital de Nutrición de la Ciudad de México. Su ausencia nos ha llenado de tristeza y nos pesa porque su presencia nutría nuestra vida, porque sabíamos que podíamos acogernos a su guía, porque los sabíamos lúcidos, comprometidos, cercanos, amigables, furiosos, capaces de reír, de encelarse, de salir a la siguiente manifestación o de enamorarse de quien se cruzara por la calle, de ser fieles a sus parejas y ejercitar su sexualidad a toda prueba, de leer a Cortázar, George Sand, Kafka, o a quien fuera, y extraer la sabiduría que mejorara sus propias narraciones. Su ausencia nos pesa porque resulta insalvable y nos deja huérfanos. Los dos estaban enfermos, habían llegado al fin de su existencia y era mejor que ante la desesperanza hubieran muerto. Sin embargo me resisto a estar lejos de ellos, a decirles “descansa en paz” cuando lo que hicieron en vida fue lo contrario, nunca descansar, ni en paz ni en el desasosiego. Cuando me enteré de su deceso me acordé de lo que les dijo el sacerdote a sus feligreses de Acteal: “que nos maten juntos”. Nadie los mató a ellos, a José y a Carlos, pero murieron juntos como si aquel viaje a Chiapas hubiera signado su existencia. “Casi nunca lloro”, me había dicho entonces Monsiváis con voz entrecortada, “pero no resisto pensar en el sacerdote que les pide morir a todos juntos”.

Yo también he vuelto a llorar. He llorado porque los extraño, porque los extrañaré durante mucho tiempo, porque me hacen falta, porque los quiero, los añoro y anhelo que su ejemplo frente a la indignación siga vivo en mí y en todos los que los leyeron y, por tanto, los conocieron.